

# Celebrando 200 años de periodismo nacional: modelos y símbolos en el origen de la prensa argentina

POR JULIO MOYANO

Magíster en Metodología de la Investigación y licenciado en Comunicación Social. Docente titular en posgrado y grado (UBA, UNLa). Investigador especializado en Metodología de la Investigación e Historia de los Medios de Comunicación. Integra el Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC) de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Su interés principal reside en la historia de los medios gráficos y en los procesos de reciclamiento de prácticas y tecnologías.

Recientemente –en enero de 2016– se publicó el libro *Los periódicos oficiales en México*, por un equipo a cargo de Fausta Gantús y Adriana Pineda Soto, y editado por el Senado de la república mexicana. Allí se rescata la importancia decisiva del periodismo estatal en la construcción tanto de la prensa periódica nacional como del propio Estado moderno, con experiencias desplegadas a lo largo de décadas, tanto en la capital como en una docena de estados del interior del país, a través de un sistema de periódicos oficiales que no constituía, en modo alguno, una excepción, hasta comienzos del siglo XX.

La ocasión nos recuerda, una vez más, las homologías estructurales que el mundo hispanoamericano presenta tanto en su común herencia colonial como en los recorridos que, aun con diferencias, llegan a la construcción de naciones y Estados vinculados al nuevo mercado mundial capitalista propio de la era industrial, entre ellos, su prensa periódica, matriz del sistema de medios de comunicación contemporáneo.

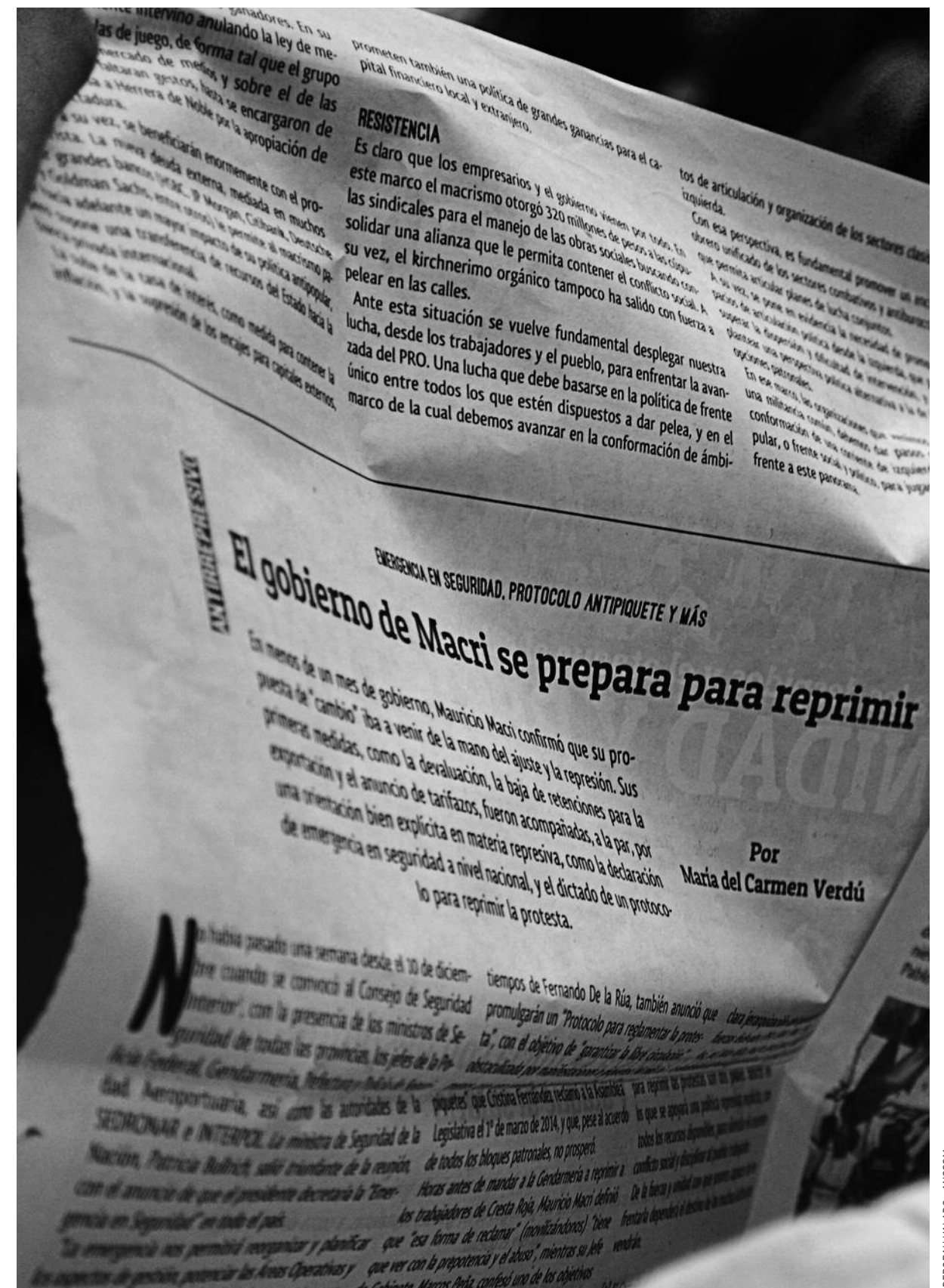
En el Río de la Plata la centralidad del Estado en la construcción de la prensa es notable, y en muchos momentos y territorios, más pronunciada que en México: en las ciudades del interior argentino que contaron con periódicos antes de 1849 (Mendoza, Tucumán, San Juan, Córdoba, Paraná, Salta, Santa Fe y Corrientes), el protagonismo estatal fue excluyente. En Buenos Aires, fue excluyente durante la primera década patriótica (1810-1820) con muy breves excepciones, y hegemónico hasta 1852. La prensa estatal continuó cumpliendo ese rol en todo el interior del país en la década de 1850, mientras el Estado continuó cumpliendo un rol clave en el sostén de la prensa

al menos hasta la década de 1870, para disolverse desde entonces hasta el fin de siglo en las nuevas prácticas del negocio periodístico basado en el mercado.

Esta experiencia de décadas de periodismo estatal, durante muchas de las cuales fue éste el único modo de periodismo, contrasta con las expectativas de sus protagonistas. La intención de habilitar una prensa libre –en el marco de la ley– es en los gobiernos patrios tan temprana como lo ejemplifican el primer ensayo reglamentario de marzo de 1811, o el decreto del 2 de octubre de 1811 que resuelve un conflicto con el redactor indicando que la *Gaceta de Buenos Aires* –que el Estado había fundado y sostenía con recursos– era “un papel particular”. Desde el punto de vista de la opinión, son notables tanto la resignificación de la frase de Tácito: “Tiempos de rara felicidad son aquellos en que puede pensarse lo que se quiera y decirse lo que se piensa”, lograda por Moreno al elevarla al encabezado de la *Gaceta* de un Estado que iniciaba un proceso de ruptura institucional, como las apelaciones que ya en 1810 y en la pluma del mismo Moreno o de Alberti, agregaban términos como “opinión pública” al arsenal de tópicos que comenzaba a abrirse.

Desde entonces, prácticamente todos los gobiernos expresaron interés por promover una prensa en manos particulares, semejante a la que se había desplegado en Gran Bretaña y más recientemente en los Estados Unidos y en Francia, y otras tantas veces juraron haberlo logrado y ser ejemplo de ello. Pero una y otra vez, la concreción de tal interés no pudo realizarse plenamente hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX.

Muchos factores convergen en esta contradicción: si ▶



► los patriotas de la Independencia simpatizaban con las ideas de libertad civil e instituciones parlamentarias, y si además la construcción de dispositivos institucionales -parlamento, leyes, prensa independiente- llegaba también como demanda desde potencias que consideraban el reconocimiento diplomático de la nueva autoridad -como se le sugirió explícitamente a Sarratea en 1814 en Londres- lo cierto es que no había aún ni capitalistas interesados, ni un mercado lector, ni un mercado de avisos, ni instituciones estatales capaces de convivir con la diversidad de opiniones sin entrar en crisis, ni una experiencia de oficio suficiente para que tal prensa libre naciera y se sostuviera en el tiempo, aun con el apoyo estatal constante expresado en provisión de imprenta, recursos, y en salarios.

A ello se agrega que, cuando desde la década de 1820 comienzan en Buenos Aires tímidos ensayos de periodismo privado -informaciones económicas y prácticas, papeles de combate faccional- la lógica de la guerra civil arrinconará cada contendiente en su propio territorio controlado militarmente, reforzando así la lógica estatal de los periódicos.

De este modo, el siglo de las independencias hispanoamericanas es, en términos de construcción de su prensa periódica moderna, el de la transición entre el Estado y el mercado. Sus principales modelos de conformación se hallaron, por ello, determinados por el tipo de relación que construyeron frente a los tiempos de una transición corta en términos históricos, pero larga en términos de los protagonistas de cada generación.

### MODELOS PERIODÍSTICOS

El protagonista excluyente en la prensa bajo el absolutismo fue el Estado: publica gacetas, promueve semanarios de grupos ilustrados y sociedades patrióticas, concede permisos exclusivos de publicación, ejerce la censura, clausura arbitrariamente cada vez que lo entiende necesario. En las colonias, esta circulación es más reciente y menor, y en Buenos Aires, extremadamente reciente y limitada.

En la época de la revolución de Independencia, el modelo absolutista español (gaceta oficial única, periódicos intelectuales vinculados a sociedades patrióticas, periódicos misceláneos de conocimientos prácticos, sueltos de sucesos) era el único ampliamente conocido y puesto en práctica en Hispanoamérica.

El modelo británico de prensa independiente del Estado, capaz de asegurar la publicidad de los actos de gobierno y de discutir política promoviendo las esferas públicas política y literaria, era visto con leve simpatía en el léxico y afán educacional -el modelo de Addison- por la prensa española, pero fundamentalmente sospechado de subversivo y radicalmente prohibido en nuestros territorios.

La generación de Mayo tendió a criticar el modelo es-

### EL SIGLO DE LAS INDEPENDENCIAS HISPANOAMERICANAS ES, EN TÉRMINOS DE CONSTRUCCIÓN DE SU PRENSA PERIÓDICA MODERNA, EL DE LA TRANSICIÓN ENTRE EL ESTADO Y EL MERCADO.

pañol con acres comentarios, y a simpatizar con el británico -o su versión francesa- intentando promoverlo con diversas acciones, pero el resultado fue esquivo y la tarea retornó una y otra vez, exclusivamente, al Estado, hasta que la demanda del mercado mundial habilitó el modelo agroexportador y con ello las condiciones para un mercado local de bienes y servicios, un aumento demográfico y una veloz alfabetización, permitieron la primacía de la lógica de mercado contemporánea.

Como resultado, la transición del Estado al mercado se realizó por medio de dos modelos predominantes: el de sustitución, que pone recursos y personal del Estado para sostener periódicos estatales sufriendo la ausencia de un sector privado, y el modelo de transferencia, que intenta entregar una masa de recursos y auxilios a actores privados (de la propia facción en una época de conflictos y guerras civiles) para constituir la masa crítica de actores por fuera del Estado.

El modelo de sustitución surge por necesidad: ante la inexistencia del actor privado, es el Estado quien cumple tanto las funciones de prensa como la promoción de las condiciones para que surja un periodismo libre, basado en la sociedad civil, independiente del Estado. Se forja durante la década revolucionaria de Mayo (1810-1820) iniciado con la *Gaceta de Buenos Aires*, continuado con la proliferación periodística de 1816, y completado en las décadas siguientes: *El Argos de Buenos Aires* (1821-1824), los periódicos encargados por Rivadavia, Viamonte y Rosas a De Ángelis, son buenos ejemplos de la continuidad de esta práctica que espera de sí misma desaparecer cuando las condiciones cambien. Pero la lógica territorializada de la brutal y prolongada guerra civil (sólo puede haber prensa de una facción allí donde su propia fuerza armada controla la plaza) hace del modelo sustitutivo una elección a largo plazo: Rosas no carecía de recursos propios

### LA TRANSICIÓN DEL ESTADO AL MERCADO SE REALIZÓ POR MEDIO DE DOS MODELOS PREDOMINANTES: EL DE SUSTITUCIÓN Y EL DE TRANSFERENCIA.

para hacer uso de dispositivos de prensa privados, pero opta por hacerlo desde el Estado, tanto en Buenos Aires como en las provincias, modernización tecnológica, organizativa, temática y estilística incluidos. Lo ejemplifican la *Gaceta Mercantil*, el *Diario de la Tarde* o el *Archivo Americano* durante su segundo gobierno. Mientras asegura con mano de hierro la unanimidad de discurso político en la prensa, permite, en cambio, el ingreso de tipógrafos españoles y su establecimiento privado con ánimo de lucro, siempre que no se ocupen de política y sobre todo, no insinúen críticas al gobierno. Mientras tanto, la prensa en las provincias interiores es enteramente estatal, y no parece haber en ella expectativas de cambio en otra dirección. El periódico oficia así de boletín oficial, fuente de noticias, de posicionamientos del Estado frente a problemas y conflictos, de información comercial y estadística y de fuente de material literario. Los periódicos pueden girar 180 grados su posición respecto de la guerra cuando un enemigo toma la plaza, pero no cambia la perspectiva de que no es necesario más que este periódico en el lugar.

El modelo de transferencia, ya tímidamente presente durante el ciclo rivadaviano en la década de 1820, toma forma más madura en Buenos Aires en la década de 1850, contando entre sus casos paradigmáticos el modo en que son empoderados los dos diarios más importantes de la ciudad: *El Nacional* y *La Tribuna*, y alcanza su esplendor con la contundente transferencia de recursos desde el Estado a los actores privados en la década de 1860, en los ejemplos de *La Nación Argentina* (*La Nación* desde 1870) y *La Prensa*, empoderados a un punto tal que pueden sobrevivir al llano de la oposición, manteniéndose como prósperas empresas en las décadas siguientes, cuando el mercado ya lo permite. Es el modelo sobre el cual se constituyen los diarios más importantes de comienzos del siglo XX, los cuales tuvieron, por cierto, gran influencia en la

construcción de un relato de origen de la prensa nacional que redujo notoriamente la importancia de lo estatal en su génesis, tanto en la historiografía, como en la narrativa de los propios periódicos al celebrar aniversarios o recapitular logros. En ocasiones, historiografía y periodismo confluían en un mismo personaje: Mitre (propietario de *La Nación*) o Correa Luna (director de *Caras y Caretas*) fueron figuras clave en los primeros pasos de la Junta de Historia y Numismática.

En medio de estos modelos, formas eclécticas -o simbióticas- pudieron desarrollarse: Urquiza, por ejemplo, maniobró simultáneamente con prestigiosos periódicos oficiales de alcance nacional y provincial y con periódicos privados amparados por el Estado y por sus recursos personales en una u otra ocasión, entre las décadas de 1840 y 1860, logrando ricos resultados como los ocho años continuos del prestigioso *El Nacional Argentino*, órgano del gobierno de la Confederación. En todos los modelos y casos, el rol del Estado y el modo de construir una prensa moderna a partir de él son la clave de la prensa nacional, y esto tiene razón de ser en las condiciones de partida que enmarca la independencia nacional.

### 200 AÑOS DE PRENSA NACIONAL

Cuando sucede la Revolución de Mayo de 1810 no existe ningún actor privado que solicite inmediatamente publicar: Belgrano continúa normalmente su *Correo de Comercio*, y la primera Junta inicia la edición de una Gaceta. Pero tanto las simpatías de los líderes de Mayo como -poco más tarde- los requerimientos externos favorecerían el reconocimiento diplomático por el parlamento británico, presionan en dirección a una prensa libre e independiente del Estado.

Los esfuerzos que se realizan son notables: intentos de abrir la Gaceta oficial a voces no oficiales, la invitación a publicar ideas sin censura, la reglamentación de la libertad de imprenta en 1811, 1813, 1815 y 1817, los intentos de publicar periódicos simultáneos por el Estado en 1811, 1815 y 1817, la habilitación para dos fugaces periódicos de facción en 1812 -a cargo de Monteagudo- las declaraciones en los propios periódicos, lo demuestran con creces. Pero hasta mediados de 1815 ninguna de estas experiencias logra transferirse a agentes no estatales.

De algún modo nuestra simbología nacional honra tal origen: celebra el Día del Periodista el 7 de junio, aniversario del primer número de la *Gaceta de Buenos Aires*, en una de las primeras -y contundentes- medidas de la primera Junta de Gobierno patria puesta en funciones el 25 de mayo de 1810. Su organizador y redactor, Mariano Moreno, aparece junto a la *Gaceta* como protagonista del paso fundador del periodismo argentino.

Recordar aquel 7 de junio de 1810 como símbolo fundacional del periodismo argentino es toda una decisión his-



► toriográfica, pues el Río de la Plata cuenta con periódicos impresos desde 1801, redactores que envían artículos a periódicos de España desde 1793, imprenta desde 1780, breves periódicos manuscritos o informaciones sueltas desde al menos 1759. Podría considerarse, como lo han fundamentado Mariluz Urquijo y César Díaz, a Manuel Belgrano como primer periodista rioplatense, por sus envíos sistemáticos a *El Correo Mercantil de España y sus Indias*, o por su labor decisiva en el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, o en el *Correo de Comercio*. Tal opción pondría en énfasis la trabajosa construcción de espacios de publicidad y socialidad en el último medio siglo colonial en el que nacieron los primeros periódicos.

Pero el eje de la decisión que opta por el 7 de junio está puesto en la ruptura fundamental que se produce en el Estado aquel 25 de mayo, y en la comprensión implícita de que una prensa cambia de naturaleza como consecuencia de tal ruptura. Los periódicos de Belgrano, incluso el *Correo de Comercio* que llega hasta abril de 1811 aparecen así como una experiencia rica y valiosa pero propia de un ciclo histórico que concluye con la ruptura de Mayo; la *Gaceta de Buenos Aires* impulsada por el secretario de la Junta, aun reproduciendo todas las prácticas del gacetismo estatal de la época absolutista, preanuncia una nueva era de transformación. Su peso simbólico se nota, entre otros detalles, en el hecho de que una década más tarde (1823) el primer periódico diario en la región, impulsado por un impresor particular y amparado por el Estado al punto de subsistir más de ocho mil números y tres décadas, elige como nombre una combinación ecléctica de elementos precedentes y novedosos: *La Gaceta Mercantil*. Lejos de asociar el término a un arcaísmo, lo absorbe como propio.

Es que no es menor el giro que supone la *Gaceta de Buenos Aires*. Dos siglos de tradición de prensa absolutista asignaban un rol muy preciso a una "Gaceta de..." en cada país: cada Estado absolutista publica una Gaceta desde mediados del siglo XVII, y bajo ninguna circunstancia permite una segunda voz de estas características. Cuando en el siglo XVIII se habilitan otras publicaciones, son de otra índole: o publicaciones eclécticas de conocimientos útiles, o compilaciones de ensayos asociados a las sociedades patrióticas impulsadas por el propio Estado en cabeceras estatales. El resto son los tradicionales sueltos de noticias de sucesos. Por ello una *Gaceta* era símbolo de unidad y supremacía del Estado, defendida como bien militar, como lo atestigua la evacuación de la imprenta del Estado desde París durante una de las maniobras militares durante la Frontera en la Francia del siglo XVII.

Por ello la *Gaceta de Buenos Aires*, cuyo decreto de fundación data de apenas una semana después del inicio del gobierno (2 de junio) encuentra su réplica en el único centro urbano que disputa su legitimidad con otra Junta: Montevideo, que ya en agosto de 1810 publica la *Gaceta de*

**LOS RELATOS DE ORIGEN DE NUESTRA PRENSA PERIÓDICA PUEDEN HALLAR UN FUNDADOR SIMBÓLICO EN BELGRANO Y PUEDEN HALLARLO EN MORENO.**

*Montevideo* como voz legítima y oficial de su propia Junta. Cuando en 1814 las tropas patriotas tomen Montevideo, lejos de habilitarse una prensa favorable allí, se envía la imprenta a Buenos Aires. La voz del Estado en Montevideo debe ser, más que nunca, la *Gaceta de Buenos Aires*.

Por ello, en semejante trasfondo de continuidad de prácticas heredadas, destacan aún más todas las iniciativas que el Estado asume en la década de 1810 para orientar su prensa hacia un nuevo concepto de ciudadanía y libertades: manifestarse a favor de la libertad de expresión, invitar a los vecinos a expresarse, publicar artículos favorables a las formas parlamentaria de gobierno y a la soberanía popular (después de 1812), entregar sucesivas ediciones a dos redactores para que se pluralicen voces, cambiar el nombre de una de estas ediciones, permitir un segundo periódico faccional que no surge oficialmente del presupuesto estatal, sostener desde el Estado un periódico paralelo a la *Gaceta (El Independiente, 1815)*, aprobar que el Cabildo disponga su propio periódico (nominado sugestivamente *El Censor*) redactado por un sujeto particular por contrato.

Probablemente el fugaz paso de Moreno por la Junta

**Y PUEDEN HALLARLO TAMBIÉN EN EL AÑO DE NUESTRA INDEPENDENCIA, 1816, CUANDO TRAS APENAS UN SEXENIO, UN APARATO ESTATAL HEREDADO DEL ABSOLUTISMO TRANSFORMA EL ESPACIO DE UNA GACETA OFICIAL EN UN ARCO PLURAL DE VOCES POLÍTICAS, UNÁNIMES EN LA CONSTRUCCIÓN PATRIÓTICA.**

de Mayo (apenas un semestre) sea un buen ejemplo de esta actitud rupturista en un contexto institucional arcaico: el gobierno impulsará con voluntad y arrojo aquellas instituciones que la naciente sociedad patriota aún no puede forjar. Es el Moreno hiperactivo, que promueve rápidos avances militares, nuevas herramientas fiscales, rápidas iniciativas diplomáticas o una *Gaceta* para el nuevo Estado. Pero no es sólo Moreno quien sostiene estas visiones ni es la *Gaceta* el único -quizás tampoco el principal- punto de ruptura observable en la prensa de esa década revolucionaria: es notable la novedad que aporta el joven Monteagudo al protagonizar en 1812 dos breves periódicos *El Mártir o Libre* y el *Grito del Sud*, simultáneos a la *Gaceta* y sin financiamiento directo del erario. También lo son los avances en la reglamentación de la libertad de imprenta que promueve el Deán Funes, la decisiva publicación de *El Independiente* en 1815, o la proliferación de periódicos en el año de la Independencia.

*El Independiente*, a cargo del ministro de gobierno, se anunció como "no ministerial", paralelo a la *Gaceta* del gobierno. En sus tres meses de existencia buscó impulsar la opinión pública local y sobre todo, por razones diplomáti-

cas, mostrar hacia el exterior, la orientación decidida hacia la ruptura con Fernando VII, la decisión de forjar periódicos no oficiales y la defensa de las formas representativas de gobierno, con derechos civiles y prensa libre.

La proliferación de periódicos en 1816, por su parte, expresa la consolidación de la estrategia sanmartiniana: guerra defensiva en el norte, Declaración de la Independencia, plan de ataque a los realistas por Chile y Perú, ninguna concesión de soberanía a potencias extranjeras. Desde esta perspectiva, la prensa debería diversificarse para habilitar la convivencia de opiniones políticas. Así, según el *Estatuto provisional* de 1815, la voz del gobierno directorial sería la propia *Gaceta*, y otro periódico estaría pagado por el Cabildo, encargado a un "sujeto de instrucción y talento", y su título, ratificando su función de "otra voz" debería ser "*El Censor*". Su finalidad sería "analizar la conducta de los funcionarios e ilustrar al pueblo acerca de sus derechos", en tanto que la *Gaceta* haría su tarea "satisfaciendo a las censuras, discursos o reflexiones de El Censor". El Directorio y el Cabildo se encargarían de la moderación necesaria para tal debate, que se desarrollaría "sin faltar al respeto debido a los magistrados, al público y a los individuos en particular", fijándose complementariamente un tribunal de imprenta. Una tenue proliferación acompañó a esta simultaneidad impulsada una vez más por el Estado: desterrados españoles o retornados criollos de destierros londinenses se sumaron a funcionarios locales para llevar la cota de títulos a media docena, capaces de abrir nuevas secciones o debates políticos sobre la forma de gobierno.

En conclusión, los relatos de origen de nuestra prensa periódica pueden hallar un fundador simbólico en Belgrano, remitiéndonos a la prensa colonial, sus búsquedas intelectuales, su pasión patriótica y sus esperanzas de desarrollo económico. Pueden hallarlo en Moreno, simbolizando el punto de ruptura estatal en el cual la voluntad de cambio quiebra los límites de las condiciones de origen, sustituye funciones y fuerzas, promueve desde el Estado las energías plurales de la sociedad civil. Pueden hallarlo también en el año de nuestra Independencia, 1816, cuando tras apenas un sexenio, un aparato estatal heredado del absolutismo transforma el espacio de una *Gaceta* oficial en un arco plural de voces políticas, unánimes en la construcción patriótica.

Más allá de la discusión en torno a conveniencias simbólicas favorables a una u otra opción como posibilidades de recordación, desde el punto de vista histórico la tensión entre estas tres opciones no necesita resolverse: tanto la paciente construcción ilustrada de Belgrano como el ímpetu estatal de Moreno, como la apertura de prensa forjada en 1816 gracias a la estrategia sanmartiniana de independencia rioplatense y ataque por Chile y Perú conforman el punto de arranque de dos siglos de prensa periódica argentina. •